

Ester, la liberadora.

Ester era una mujer tranquila, de mediana estatura, pelo negro y ojos café. A simple vista parecía una mujer ordinaria, no tenía atributos físicos que se destacaran ni un estilo de vestimenta muy sofisticado, “simple” parecía ser la palabra indicada para definirla. Sin embargo, Ester no era simple, sino todo lo opuesto.

Tuvo la suerte y, a la vez la desgracia, de crecer en un pequeño pueblo alejado de la ciudad. Desgracia porque de pequeña no tuvo la oportunidad de ir al parque o de visitar el mar, en fin, cosas de ciudad y suerte porque el desafío de crecer tan alejada le dio la fortaleza que necesitaba para hacer oír sus ideas. Su familia estaba compuesta por tres hermanos que, entre otras cosas, se encargaron de enseñarle que el fútbol también es asunto de niñas, una tía tan solo dos años mayor que ella y su madre que se iba con el amanecer y volvía horas después del atardecer para mantener a su familia. Sin lugar a dudas, la familia de Ester era un poco singular, ya que en 1960 una casa mantenida por dos mujeres era algo digno de presentar en un circo.

Desde pequeña aprendió que el valor de las cosas trasciende el dinero, está más estrechamente ligado al esfuerzo que implica conseguirlas. En su casa nunca faltó un plato de comida, sin embargo, cada plato de comida significaba hacer ojos ciegos a una pila interminable de facturas que se hallaban en la mesa de luz de la mamá de Ester. Esto lo aprendió de ver cómo el resto de las niñas de la comunidad tenían muñecas traídas de la ciudad, grandes y con rizos dorados mientras que ella tenía una única muñeca que su tía le había tejido en sus clases de corte y confección. Su tía quería ser diseñadora de modas, pero para la situación en la que vivían, acceder a una escuela de diseño era prácticamente un imposible, por eso se conformaba con diseñarle los vestidos a las muñecas de Ester.

Así transcurrió su infancia, jugando al fútbol con sus hermanos, a ser modelo con su tía y a ser masajista cuando su madre llegaba a casa muy cansada. Tenía la suerte de recibir educación, que aunque no estuviera dentro de un marco institucional era el deseo de muchas y privilegio de pocas. Las clases con “la viejita Ana” era un mimo al alma de Ester, ya que no solo le enseñaba a coser como hacía su tía, también le enseñaba a hacer cuentas y escribir como en ese momento, hacían los hombres.

El tiempo pasó y la idea de que Ester era simple quedaba completamente erradicada al escucharla hablar, la pasión con la que defendía sus ideas no era la de alguien simple era la de alguien excepcional. Estaba completamente enamorada de los números y sus infinitas posibilidades.

Cuando cumplió 18 años decidió marcharse a la ciudad en búsqueda de una oportunidad que le permitiera un futuro diferente al que la sociedad tenía preestablecido para ella y las mujeres en general. Al llegar se topó con un grupo de mujeres científicas, que le abrieron las puertas y le enseñaron lo que sabían. Ester nunca pudo convertirse en matemática, pero lo que sí pudo fue convertirse en profesora de Matemática y Filosofía.

Ese grupo de mujeres, además de enseñarle su profesión, le abrió los ojos a una sociedad llena huecos para las mujeres que solo podrían ser llenados cuando estas se levantan a luchar por eso. Pero no era tan fácil como parecía, ya que durante las primeras épocas en donde las mujeres empezaron a cuestionarse sus derechos, reinaba el miedo y como reinaba el miedo, nadie contradecía a la autoridad de forma deliberada. Pero, en la clandestinidad, lejos de los ojos y prejuicios amenazantes, se daban actos de rebeldía dignos de ser retratados.

Ester no encontraba el lugar adecuado en esta lucha pujante y exigente, sentía que pese a gritar muy alto en cada marcha su voz nunca era escuchada, que el cambio estaba en la raíz del problema y no en lo superficial, pero ¿cómo hacer un cambio verdaderamente significativo cuando sentía que no tenía voz? Esta pregunta rondó por su cabeza por meses, hasta que un día de forma casual llegó un poco más temprano a la reunión de las mujeres de la comunidad, observó que mientras que los niños se divertían jugando al fútbol las niñas se sentaban a dejar pasar las horas mientras que esperaban a sus madres. Se acordó de su pueblo, de sus hermanos que le enseñaron a jugar al fútbol y la pasión que despertaba en ella cuando era pequeña; se dio cuenta que pese a que las niñas querían jugar eran excluidas de forma automática.

En busca de solucionar a esta problemática comenzó a llegar más temprano y enseñarle fútbol a las niñas que estaban interesadas, si bien en el comienzo eran dos o tres con el correr del tiempo fueron aumentando hasta ser quince, cantidad suficiente para conformar un equipo hasta con suplentes. Ester se encargaba de transmitirles lo poco que sabía a cambio de que asistieron también a clases de matemática y ciencias que ella misma dictaba, pese a que las niñas asistían con desgano era de vital importancia para formarlas.

Les dictó clases a varias generaciones hasta que decidió volver a su pueblo, donde por muchos años sintió que su trabajo tenía un verdadero impacto y que a pesar de todas las cosas que tuvo que enfrentar, entre ellas discusiones con padres, problemas económicos y muchas cosas más, valía la

pena. Durante muchos años pensó que lo único que realmente había despertado interés en las niñas fueron las clases de fútbol, hasta que leyó en las noticias lo siguiente “Grupo de mujeres llega a la final del torneo interuniversitario jugarán contra equipo de varones” al entrar a la nota pudo reconocer en las fotos las caras de muchas de sus alumnas. Ester encontró su espacio en la lucha por la igualdad, entrenando a un grupo de niñas que ganó varios partidos, pero sin lugar a dudas su mayor acto de rebeldía contra el sistema fue enseñarle a esas niñas a ser libres